

transacción. En esta última sección, el aspecto más destacado es el relato propuesto por Honorato sobre los conflictos entre distintos agentes empresariales brasileños por el control del mercado cafetero, así como la intervención de Gaffrée & Guinle en el mismo (pp. 228-230).

A modo de síntesis, el trabajo del profesor César Honorato es un magnífico ejemplo de historia empresarial con estrechas conexiones con el desarrollo de la estructura productiva e institucional brasileña. Pese a la talla del trabajo, deben señalarse algunas cuestiones mejorables. En primer lugar, el sistema de citación empleado dificulta claramente una lectura ágil del texto. En este sentido, las citas se sitúan agrupadas al final del libro, sin existir siquiera una distribución por capítulos. Por otra parte, y pese a la advertencia previa del autor en la introducción, esta segunda edición podría haberse mejorado con las aportaciones del propio autor durante estos años. Sus investigaciones sobre la actividad de los puertos brasileños y especialmente su reciente trabajo junto al profesor Luiz Claudio Ribeiro (2014) habrían aportado un importante valor añadido gracias a su experiencia y reflexión acumuladas durante estas dos décadas. No obstante, el libro de Honorato es una excelente base para el conocimiento de la historia económica brasileña reciente, y de forma especial de su historia marítima, de la cual el autor es uno de sus principales referentes.

Daniel Castillo Hidalgo
Universidad de Las Palmas de Gran Canaria
Instituto Universitario de Análisis y Aplicaciones Textuales
<http://orcid.org/0000-0002-2043-9198>
daniel.castillohidalgo@ulpgc.es

FERNANDO MORENO CUADRO, *Iconografía de Santa Teresa. I La herencia del espíritu de Elías*, Editorial Monte Carmelo, Burgos, 2016, 191 pp. ISBN: 978-848353-763-3.

Las órdenes religiosas son un tema inagotable de estudio, tanto para los historiadores que investigan lo sucedido con ellas en el pasado como para quienes analizan su trayectoria en fecha cercana a nuestro tiempo. Sin embargo, el análisis de ese acontecer piadoso e histórico cobra un significado pleno cuando nos enfrentamos al desarrollo que dichas congregaciones tuvieron durante la época Moderna, ya que entonces lograban un desarrollo mayor gracias al espíritu contrarreformista que en no pocos casos propició fundaciones, dio un sentido nuevo a las residencias de origen medieval, dinamizó la vida comunitaria en torno a los claustros y, de forma especial, favoreció el auge de las devociones que estimularon quienes integraban cada complejo y promovían cultos distintivos en su seno. De todo ello se ocupa tangencialmente el libro que tratamos del profesor Fernando Moreno Cuadro, porque, aunque no sea una monografía de la Orden del Carmelo, sí aborda cuestiones genéricas para conocer en profundidad la

iconografía de una de sus valedoras principales: Santa Teresa de Ávila (1515-1582), mujer avezada del tiempo que le tocó vivir, poeta mística y espiritual, doctora de la Iglesia y, ante todo, reconocida fundadora de las carmelitas descalzas.

La publicación es oportuna por muchas razones. Su edición coincide con un momento clave en los estudios de toda naturaleza que incita dicho personaje, animados, sin duda, por la conmemoración del V centenario de su nacimiento en 2015. Alrededor de esa efeméride ininidad de investigadores han reflexionado sobre el bagaje cultural de la santa de Ávila, otorgándole un protagonismo mayor que el disfrutado hasta entonces. Sin embargo, por encima de todo, los muchos actos culturales, congresos y otras actividades que originó tal aniversario permitieron devolver actualidad al legado de Teresa, acercando su literatura y pensamiento al gran público. Como era de esperar, el arte no quedó al margen de esa celebración y en muchas ciudades de nuestro país se organizaron exposiciones para evidenciar su influjo en la cultura hispana durante los últimos siglos. De ahí que el arte sacro volviera a demostrar la utilidad que es consustancial a su existencia con un carácter aleccionador y catequético. Dichas muestras —y especialmente la que la Fundación de Las Edades del Hombre organizó en Ávila entre abril y noviembre de 2015, de feliz recuerdo para quienes investigamos sobre arte moderno y contemporáneo— rescataron obras del olvido y pusieron de relieve la necesidad de estudiar en profundidad unos repertorios iconográficos que son inherentes a la refundadora de la Orden del Carmelo.

Esa tarea la cumple con creces el estudio de Moreno Cuadro, quien años antes trabajó con un planteamiento afín en la recuperación simbólica y figurativa de otro personaje clave para la Iglesia hispana del siglo XVI: San Juan de la Cruz (1542-1591), aliciente de la piedad carmelita y apoyo para las reformas que Teresa afrontó en el seno del «instituto» al que ambos pertenecieron. El volumen que nos ocupa ahora es el primero de una serie de cuatro donde se abordará con un carácter panorámico la iconografía teresiana. De ahí que este tomo sea dedicado a la *Herencia del espíritu de Elías*, ya que los otros se reservarán exclusivamente a las series grabadas de tipo hagiográfico, a la representación de las visiones y hechos de la vida cotidiana, y a la iconografía de la santa como madre reformadora junto a las estampas alegóricas que motivó a raíz de su temprana canonización. Todo ello se produce bajo el amparo de la editorial Monte Carmelo, lo que viene a reforzar la idoneidad del proyecto editorial porque ensayos como el que tratamos aúnan cuestiones relativas a la Historia del Arte, la Historia y la Religión, sin olvidar, claro está, lo que es consustancial a estas disciplinas. De ahí que la investigación aporte novedades en cuestiones de fondo y forma, pues a ella tampoco resultan ajenas reflexiones precisas sobre el valor intrínseco de las imágenes, el papel de los grabados como vehículo difusor de motivos estéticos e iconográficos, el simbolismo de algunos atributos o los vaivenes culturales de escenas hagiográficas y alegóricas, entre otros asuntos relevantes.

Fray Juan Dobado, gran conocedor del programa teresiano e impulsor de otras iniciativas vinculadas con el patrimonio de la Orden, ya relata en el prólogo que el ensayo reivindica «la importancia del grabado en las fuentes

del arte carmelitano»; y en efecto, no falta razón a un juicio de ese calibre por lo complejo del tema y la dispersión del material recopilado para ello. Los estudios de iconografía exigen un conocimiento extremo a sus autores, quienes, sin más medios que la relación de imágenes y el vínculo entre figuración, textos de diverso origen y simbolismos ya olvidados, nos ayudan a comprender la significación de testimonios visuales, a veces con gran lucidez. El propio Moreno Cuadro confiesa en la introducción del libro que este trabajo es resultado de varios años de investigación entre España e Italia, en los que ha tenido que reunir grabados y estampas provenientes de los centros impresores más importantes de Europa y América durante el Antiguo Régimen, es decir, varias ciudades de Italia, Bélgica, Francia, España, países centroeuropeos y México. Sin embargo, el acierto de su propuesta no reside exclusivamente en ello. El autor ha sabido vincular dichos repertorios con obras pictóricas y, en la medida de sus posibilidades, demostrar la copia o ciertas reinterpretaciones que autores de distinta época hicieron a partir del precedente gráfico que conocieron en papel.

El fin último de la edición no es otro que demostrar el protagonismo de Santa Teresa en los programas iconográficos de alcance internacional, muchos ideados al amparo de la Contrarreforma. Por eso mismo, el lector descubre a través de sus páginas «la riqueza que supone la figura de esta santa, de la que —escribe de nuevo Dobado— siempre seguiremos aprendiendo». El estudio no se limita a una mera enumeración de temas junto a las explicaciones que ofrecen textos literarios o piadosos, al modo de lo realizado en propuestas previas como la de Laura Gutiérrez Rueda (*Gracia y hermosura. Ensayo de iconografía teresiana*, con última edición en 2012). Lo que sugiere Fernando Moreno es un discurso mucho más amplio y enriquecedor, porque, al igual que hicieron los redactores de sermones y textos devocionales que se publicaban con éxito durante el Antiguo Régimen, sabe aunar los motivos en unos grupos o bloques de contenido que permiten contextualizar mejor dichas escenas para presentar a la santa como referente indispensable en el seno de la reforma carmelita y, por consiguiente, de la espiritualidad trentina que es consustancial a ella y a su mensaje doctrinal.

De acuerdo a esa dinámica, no extraña que el ensayo aspire a superar la identificación de fuentes iconográficas, porque, aun siendo un tema importante, lo que interesa es «poner de manifiesto [...] el proceso seguido en la génesis de las obras realizadas sobre Santa Teresa de Jesús durante el barroco y su significado en relación a la expansión de la Orden y la ingente labor de evangelización realizada en la Europa prestante y América, en las que tuvo una presencia importante por su marcado espíritu misional». Tal circunstancia explica que el propio Moreno Cuadro maneje un amplio elenco de obras, sobre todo de pinturas, que conservan fundaciones distintivas del Carmelo y los templos que fueron permeables a sus cultos, tanto en España —con especial incidencia en los complejos andaluces y castellanos, muy bien conocidos por el autor— como en Italia y en México, ya que en el mundo indiano la iconografía cristiana encontró un ámbito propicio para la recreación de soluciones propias sin obviar el bagaje europeo, en este caso contrastable a partir de las estampas.

Ese hecho justifica por sí solo que el primer volumen de la serie fuera dedicado a las figuras de Elías y Eliseo, al reivindicar en su recuperación simbólica e iconográfica el rigorismo que tanto defendió Teresa en los planteamientos reformistas. De ahí que el capítulo inicial centre su análisis en escenas y motivos que justifican el proceder de la santa de Ávila: la relajación con que vivían hasta entonces los miembros de la Orden y la búsqueda de una mayor austeridad. Así pues, en el seno de la rama descalza no faltaban desde fecha temprana artistas, intelectuales y religiosos que supieron medir el alcance de esta propuesta, por lo que Elías, uno de los iniciadores de la vida monástica, fue baluarte simbólico en esta regresión a los primeros tiempos para reivindicar en su justa medida la *actio* y la *contemplatio*. Este mítico personaje era «guía» y «pastor», como lo demuestran escenas alegóricas de todo tipo, estampas sueltas que exaltan su rol de profeta, la prefiguración explícita de la *Vid del Carmelo* y, sobre todo, los *trunfos* que suelen aportar elocuentes símbolos iconográficos, no siempre de un modo armónico e integrador.

Al hilo de lo expuesto no resulta trivial el protagonismo concedido a María como protectora de la Orden, al convertirse en culto de referencia y eficaz mediadora para aproximarnos a la figura de Cristo, siendo todo ello motivo crucial para la espiritualidad carmelitana y el sentido cristológico que sus valedores defendieron desde fecha temprana. De ahí que el capítulo segundo se dedique a estas cuestiones, ya que, entre otros asuntos, reivindica la efectividad mariana del Carmelo con escenas populares como la entrega del escapulario a San Simón Stok, a veces comparado o sustituido por la santa de Ávila que tratamos. El protagonismo de la Virgen es incuestionable con temas que manifiestan su protección a la Orden reformada y a quienes alentaron su progreso durante el siglo XVI, por lo que no extraña la popularidad que ganó la llamada *Virgen del manto* como derivación de la popular Virgen de la Misericordia o, suplantando al personaje mariano, el *manto teresiano*. La repetición continua de estas composiciones, tomadas en lo esencial de estampas que contrató Adriaen Collaert (1613), queda de manifiesto en el alto número de obras pictóricas que las representan en templos españoles y americanos. En ellos se localizan también recreaciones presentes en casas europeas que reproducen de alguna y otra forma los mismos asuntos, tales como la *visión de la nubecilla* que tuvo Elías y reveló a María como mujer sin mancha ni pecado original. Ese argumento sería seguido por los padres y las monjas de Carmelo para legitimar un tipo propio de exaltación piadosa: la *Inmaculada carmelitana*, gracias a la cual la iconografía del Carmen se asocia con letanías y símbolos que son propios de la visión apocalíptica de San Juan. De ahí que, por ejemplo, esta particularidad haya generado figuraciones de gran interés en lo iconográfico, sobre todo en los conventos americanos.

La difusión de la Orden centra el tercer y último capítulo del volumen, incidiendo en el valor conceptual de la reforma. En este contexto Santa Teresa es figura clave y por ello queda representada junto a varias fundaciones que promovió, aunque se antoja de mayor interés la aprehensión simbólica de ciertas escenas donde sus impulsores acomodaron repertorios al uso en la

Iglesia triunfante de la Contrarreforma. De ahí que, por ejemplo, resulte capital un motivo al uso como la *nave misional* que evidencia la travesía del Carmelo teresiano, tan dado a lecturas simbólicas por el protagonismo que ganó la santa fundadora. A ella se alude también en programas locales que son tratados con un detenimiento mayor, puesto que son clave a la hora de hacer visible la difusión del espíritu surgido en Ávila. No resultan extrañas, pues, algunas obras que vinculan a la provincia mexicana de San Alberto con la auténtica *Casa de la Sabiduría* o al simbolismo de Puebla de los Ángeles como Nueva Jerusalén carmelita, asuntos que son tratados detenidamente por el autor.

En definitiva, el profesor Moreno Cuadro nos introduce en un mundo de formas y símbolos que no pude comprenderse sin el trasfondo religioso que le dio sentido siglos atrás; y por eso mismo, se hace indispensable contar con los volúmenes restantes para calibrar el verdadero alcance de la iconografía teresiana en el orbe católico, tema que, de acuerdo a lo aludido antes, es abordado por vez primera con amplitud de miras y un elogiado sentido crítico.

Juan Alejandro Lorenzo Lima
 Universidad Europea de Canarias
<http://orcid.org/0000-0003-4101-1972>
juanalejandro.lorenzo@universidadeuropea.es

GUADALUPE ADÁMEZ CASTRO, *Gritos de papel. Las cartas de súplica del exilio español (1936-1945)*, Comares, Granada, 2017, 232 pp., ISBN: 978-84-9045-491-6.

Para no perderse, enajenarse, en el desierto hay que encerrar dentro de sí el desierto. Hay que adentrar, interiorizar el desierto en el alma, en la mente, en los sentidos mismos, aguzando el oído en detrimento de la vista para evitar los espejismos y escuchar las voces [...].
 (ZAMBRANO, 1990: 41).

En los últimos días, semanas, meses o años, podemos echar la vista atrás y rastrear cualquier periódico o cualquier medio de comunicación y encontraremos informaciones sobre la situación de algún colectivo de refugiados en el mundo. De hecho, son tan habituales las noticias sobre ellos que nuestra mirada, con frecuencia, se ha vuelto algo fría ante una realidad que se empeña en golpear nuestras conciencias reiteradamente, recordándonos que los desplazados por los conflictos bélicos o políticos siguen errando por el mundo. Especialmente desde el siglo XX, el que se vino a denominar como el «siglo de los refugiados» (GROPPO, 2002) el número de desplazados no cesa y nuestra memoria, siempre tan corta y escurridiza, olvida que hace apenas 80 años, eran los españoles los que huían despavoridos, ateridos de frío, embozados en apenas harapos y sin poco más que su dignidad y su deseo de sobrevivir para acabar confinados en campos de internamiento, a la espera de una oportunidad para sortear al cruel destino.